

## LOS COMENTARIOS AL «MAGNIFICAT» EN EL PERÍODO RENACENTISTA

por José Luis GONZÁLEZ NOVALÍN  
Iglesia Nacional Española de Montserrat. Roma

### 1. *Martín Lutero, ¿por qué el «Magnificat»?*

Las notas que voy a consignar en este artículo, como homenaje a uno de los mejores teólogos del «Magnificat», deberán ser leídas como prólogo y complemento a la vez del estudio publicado hace meses en «Diálogo Ecu­ménico»<sup>1</sup> sobre el Comentario a este canto escrito por Lutero entre los años de 1520 y 1521.

Como dijimos allí, recayeron sobre aquella pieza las interpretaciones más diferentes, al ser considerada por unos como apacible remanso de espiritualidad tradicional en los días más cruciales del irrequieto agustino, y por otros, entre los cuales me incluyo, como uno de sus primeros mensajes a la familia del Elector de Sajonia, Federico el Sabio, en clave de teología reformada. Sea de ello lo que fuere, siempre será lícito buscar la razón por la que Lutero se fijó en este paso del evangelio para verter sus reflexiones sobre el modo de obrar de Dios en la historia de la salvación, presentándolas a manera de un curioso y bello tratado sobre la educación de los príncipes.

Fuera de los escritos de carácter revolucionario, entre los cuales hay que dar la primacía a los tres conocidos monumentos del 1521 (*De captivitate Babylonica*, *De libero arbitrio*, *Ad christianam nobilitatem nationis Germanicae*), Lutero no era rebuscado en la selección de los temas teológicos, ocupándose por lo general de aquellos que otros doctores ya habían tratado, aunque sucumbiera a la tentación de creer que tan sólo él descubría en ellos aspectos nuevos de la verdad revelada. Tal es el caso de su interpretación de los Salmos y de las principales cartas de Pablo. En esta categoría hay que incluir, en mi opinión, el «Magnificat». Ampliamente comentado por los Padres y los teólogos que desde la antigüedad se ocuparon del Evangelio de Lucas, fue objeto en los últimos tiempos de la Edad Media de comentarios y estudios independientes, que explicaron el sentido espiritual y litúrgico de su presencia en el oficio de Vísperas, subrayada y ennoblecida por la varia interpretación musical de que fue objeto a lo largo del s. XV. Mi in-

---

1. J. L. GONZÁLEZ NOVALÍN, *El «Comentario al Magnificat» de Martín Lutero en los albores de la Reforma*, en *Diálogo Ecu­ménico* 13 (1988) 249-285.

tención es presentar aquí los que son como ojos de puente de la devoción culta al «Magnificat», y que nos llevan desde las primeras zozobras de la piedad humanística hasta este lugar de quietud luterana, oreado por la presencia del Dios de María. El s. XV es, como fácilmente se deja entender, el tiempo privilegiado de nuestra pesquisa. Pero, antes de introducirnos en él, digamos siquiera sean dos palabras sobre las piezas más conocidas en las escuelas como orientadoras de este argumento.

## 2. *El comentario al «Magnificat» en las escuelas del Medioevo*

Entre los comentarios al «Magnificat» de épocas precedentes algunos, como Gomà<sup>2</sup>, dicen preferir el salido de la pluma de Alberto Magno en su exposición del Evangelio de Lucas, «de verbo ad verbum», a manera de Suma Teológica. La opción merece todo respeto; pero seguramente Alberto Magno no hubiera dejado tan bella obra si no le hubiese precedido en la empresa un hermano de hábito cuyo estudio servía de guía a algunos comentaristas del s. XV y se consideraba todavía clásico a fines del XVI. Me refiero a uno de los primeros representantes de la escolástica, nacido en la villa de San Theudaro (diócesis de Vienne), que entró en la historia de la teología con el nombre de Hugo de Santo Caro. Por el año 1230 era uno de los primeros mendicantes que enseñaban en la universidad de París, compaginando más tarde (1236-1240) una fecunda actividad de escritor con cargos de responsabilidad en su orden. Creado cardenal en 1244, el papa Inocencio IV le envió como legado a distintas regiones de Europa, y le encomendó la misión de abrir camino a la reforma eclesiástica.

Entre sus escritos destaca una voluminosa concordia de lugares de la Escritura, así como los comentarios a diferentes libros de los dos Testamentos, concebidos en forma de glosas marginales o de «postillas». Considerado el primero en utilizar este método, sus obras alcanzaron gran difusión entre predicadores y entre estudiantes. Su explicación del «Magnificat»<sup>3</sup> consiste principalmente en la aposición de citas y frases paralelas a cada uno de los versículos, buscando en la misma Biblia la inteligencia de sus pasajes. El conocimiento de la Escritura, adquirido en la preparación de las Concordancias, se deja percibir en su exégesis con un vigor especial. Mas no se agota aquí su reflexión sobre el Canto: la estructura que Santo Caro aplica a la pieza habría de pasar a los comentaristas de la Baja Edad Media, siendo conservada con ligeros retoques de autor hasta la era contemporánea. El «Magnificat» se presenta, efectivamente, dividido en tres partes, la primera de las cuales elogia las mercedes otorgadas por Dios a la Virgen (vv. 48-49), la segunda su misericordia para con todos los hombres (vv. 50-53), culminando la tercera en el acontecimiento salvífico por excelencia: la encarnación del Señor (vv. 54-55).

2. I. GOMÀ CIVIT, *El Magnificat. Cántico de la salvación*, Madrid, BAC, 1982, p. 201; Alberto MAGNO, *Opera Omnia* 22, París, ed. Lugdunen. 1894, pp. 122-147.

3. *Postilla in Lucam* (*Opera omnia* VI, Colonia Agrip. 1621) 135<sup>v</sup>-137. Cf. también: J. FISCHER, *Hugh of San Cher and the developement of medieval theology*, Cambridge 1956, y G. G. SOELCH, *Hugo von St. Cher, O.P. und die Anfänge der Dominikaner Liturgie*, Colonia 1938.

Tres ciclos a primera vista obvios y sin complejidad especial. Conviene, no obstante, poner el acento sobre el universalismo del dominico, que no dudó en aplicar a toda la humanidad («communiter») lo que textualmente se refería a los humildes y temerosos de Dios, y al mundo entero lo que históricamente apareció en Israel («singulare donum quo dignatus est in mundum venire»). Tampoco se escapó a la percepción de Hugo de Santo Caro la posibilidad de aprovechar el «Magnificat» como punto de referencia de los privilegios de nuestra Señora, poniendo así las bases de la futura Mariología. Por ello, al comentar el v. 49, desdobló las maravillas de Dios en doce grandezas, en las que hizo confluir todos los dones de virtud y de gracia: la santificación de María «in utero matris», el saludo del ángel, la plenitud de la gracia, la concepción de Dios Hijo, la virginidad maternal, la maternidad virginal; la humildad, la obediencia, la fe, el pudor, la prudencia, la realeza. Doce capítulos que, lejos de caer en el vacío de lo caprichosamente simbólico, abrirán ante los autores siguientes la posibilidad de ofrendar a María parecidas coronas de doce estrellas (Ap 12,1).

La influencia que tuvo entre los dominicos Hugo de Santo Caro, que, a su condición de escritorista y mariólogo, unía la de ser el instaurador de la liturgia propia de la orden, fue emulada por miembros de otras órdenes religiosas florecientes al mismo tiempo. Así, se aplicó también al «Magnificat» el polifacético sentenciario fray Francisco de Mayronis, O.F.M. († 1328), quien desarrolló el argumento en un sermón que corría como un tratadito teológico a fines del s. XV<sup>4</sup>. Pero el que aportó un punto de vista original y curioso fue su contemporáneo Agustín Triumphi de Ancona, O.S.A. († c. 1325); éste al interpretar el «Magnificat» como salterio marial de diez cuerdas, encontró en él la respuesta salvífica a las diez plagas de Egipto, el compendio de los diez cánticos más famosos del Antiguo Testamento y el «vademecum» del cumplidor de los diez mandamientos<sup>5</sup>. En la imposibilidad de anotar aquí cada uno de sus esquemas, doy un sucinto bosquejo del último para orientación del lector:

Al primero de los mandamientos, no tener más Dios que Javéh, responde el versículo *Magnificat anima mea...*, porque «plures deos adorare non est unum Deum magnificare». No jurar en vano se supone en el *exultavit spiritus meus*, pues quien en Dios exulta «nomen Dei in vanum non assumit nec periurium incurrit». La santificación del día santo es consecuencia de la mirada amorosa de Dios (*respexit humilitatem*): «ideo namque virgo erat quieta et divino cultui mancipata quia eius humilitas a Deo erat probata». El honrar padre y madre debe seguirse del *fecit mihi magna qui potens est*, «nam Deus et parentes nobis magna faciunt, Deus animam creando parentes corpus administrando». No matar está impuesto por la *miserecordia eius a progenie in progenies*, pues «qui proximum occidit misericor-

4. *Tractatus super Magnificat*, incluido entre los *Sermones de sanctis*, Venecia 1493, según B. ROTH, *Franz von Mayronis, O.F.M., sein Leben, seine Werke, seine Lehre von Formalunterschied in Gott*, Werl in Westf. 1936, p. 254. Otros aspectos: H. ROSSMANN, *Die Quodlibeta...*, en *Franziskanische Studien* 54 (1972) 45.

5. *In canticum Mariae Virginis commentarium*, ed. Angelo Rocca, Roma, typis Vincentii acoliti, 1590. Sobre el personaje, cf. IORDANI DE SAXONIA, *Vitasfratrum* [sic!], ed. R. ARBESMANN-W. HÜMPFNE, New York 1943, p. 239.

diam non servat sed crudelitatem». La impureza la castiga el Señor con el poder de su brazo (*fecit potentiam...*): «quantum fornicatores et adulteros iudicabit Dominus», y a los dominantes ladrones *deposuit de sede*, como «omni die conspicimus». Al falso testimonio se refiere el versículo *esurientes implevit bonis*, porque dice el Señor: «beati qui esuriunt et sitiunt iustitiam quoniam ipsi saturabuntur et bonis implebuntur». Los deseos libidinosos están prohibidos, *sicut loquutus est ad patres nostros*, «nam de inordinato desiderio Sarae, uxoris Abrahæ, primo legimus Abimelec fuisse reprehensum, ut patet in Genesi» (20,3). Después de ese tortuoso y pintoresco camino, Agustín de Ancona puede descansar en una conclusión concreta: «propter decem praecepta versus decem in Cantico Virginis continentur» (*In Canticum* 4-6).

Un comentario de ese estilo dice poco a la sensibilidad moderna; pero no ocurría así con los hombres del medioevo, quienes, además de considerar estas piezas como verdaderos monumentos de ingenio, las veían como lectura complejiva de la palabra de Dios de gran valor espiritual. Y, aunque la crítica renacentista iba substituyendo por su significación literal estas pías consideraciones, no se debe perder de vista que el librito de A. de Ancona aparecía impreso en la tipografía Vaticana el año 1590, como homenaje de su director al también agustino Gregorio Petuchino, a quien Sixto IV acababa de elevar al cardenalato.

### 3. *El «Magnificat» en la liturgia y en la música sacra*

La atención que dedicaron al «Magnificat» los autores antes citados, y más aún la que le concedieron los precursores del renacimiento humanista, está justificada por el carácter litúrgico de la pieza y por su presencia en la mayor parte de los estrenos musicales del tiempo. La inclusión de este canto en el oficio de Vísperas desde mediados del s. V es un hecho al que los liturgistas dieron cada día mayor importancia. Los medievales se encargaron de buscar la razón de ello en el simbolismo, recordando que la Encarnación del Señor había acontecido «vergente mundi vespere» y que María era la «estrella vespertina» que marca el norte del mundo. Estas consideraciones, tomadas de Durando de Mende<sup>6</sup>, fueron repetidas con curiosas variantes por los autores de los que nos vamos a ocupar enseguida. El mismo Lutero vertió dos o tres veces en su comentario al «Magnificat» la añoranza de las Vísperas, que tantas veces había cantado en el coro; todavía en los años en que ya quedaban lejos el monacato y las costumbres romanas expresaba su devoción al cantar de María en frases rotundas y airadas: «El Magnificat es un cántico hermoso; lo recitan en todas las iglesias los frailes, las monjas...; pero es un pecado que lo hagan sin comprenderlo, sin devoción..., porque las palabras sí que las tienen en los labios, pero las dicen como los asnos («die Esel»), y por bien que suene el órgano ¡a distraerse y charlar como los gansos del patio!» (Sermón del día de la visitación de Nuestra Señora del año 1532)<sup>7</sup>.

6. *Rationale divinatorum officiorum*, libro V, cap. 9.

7. Citado en W. TAPPOLET-A. EBNETER, *Das Marienlob der Reformatoren*, Tübingen 1962, p. 88.

Cuando Lutero escribía esto, las partituras del «Magnificat» ya habían entrado por la puerta grande en la historia de la música<sup>8</sup>. Las primeras composiciones aparecían en Italia a principios del s. XV; pero el fenómeno se incrementó en Inglaterra y España durante los periodos de 1460 a 1470 y de 1500 a 1505, en los que el «Magnificat» constituyó, juntamente con el «Te Deum», el motivo de inspiración más frecuente en el ámbito religioso. A esta corriente se sumó Alemania con buena aportación de piezas entre 1485 y 1495, para caer después en una atonía que no debería superarse hasta el asentamiento definitivo de la rebelión luterana. La aparición del «Comentario al Magnificat» del reformador agustino serviría de ocasión para reemprender la musicalización de la pieza. El texto ofrecido por él fue en realidad el primero que, en lengua vulgar, se hizo objeto de interpretación polifónica con acompañamiento de orquesta. Pero esto no ocurrió antes del 1530, según parece. A mediados del s. XVI las composiciones sobre el «Magnificat» eran tantas, en la iglesia católica y en la reformada, que, al decir de Morales, no había maestro que no se hubiera ocupado de la pieza una o más veces; él mismo le dedicó más de una docena de partituras, respondiendo, según decía, a una obligación dulce y sagrada.

Que las composiciones literarias y musicales sobre el «Magnificat» se influyeran y se determinaran recíprocamente es más que probable si se tiene en cuenta que ya el canciller Juan Gerson incluyó en su polifacético comentario una serie de normas para que los devotos pudieran cantarlo armónicamente. Por otra parte, Jaime Pérez de Valencia publicó el suyo en el período más marcado por el arte renacentista, y fue al comenzar el barroco cuando esta pieza volvió a atraer la atención de espiritualistas y de predicadores. En resumen, podemos decir que el número de composiciones musicales sobre el «Magnificat» durante los ss. XV y XVI anda rondando el millar, y que éstas se distribuyen entre más de doscientos autores.

Con estos presupuestos nos adentramos en el portal tardogótico del s. XV para ocuparnos de dos figuras de extraordinaria grandeza en el campo del pensamiento: Pedro d'Ailly y Juan Gerson, que dedicaron al Canto bellísimos comentarios.

#### 4. *Pedro d'Ailly: un «Magnificat» para la sociedad de su tiempo*

Pedro d'Ailly (1350-1420) y Juan Gerson (1362-1428) son dos almas gemelas en la historia de la espiritualidad y de la teología<sup>9</sup>. Sucesivamente maestros y canceileres de la universidad de París, intervinieron en la política eclesiástica de su tiempo, sobre todo en el negocio del cisma, aportando puntos de vista muy peculiares a los temas del primado del Papa y de la unidad de la Iglesia. Los sinsabores y luchas con que hubieron de enfrentarse en el ejercicio de su misión, llevaron al uno y al otro a buscar refugio en la vida contemplativa, confiando sus experiencias a escritos de senectud, empapados de devoción. Juan Gerson, discípulo de d'Ailly,

8. W. KIRSCH, *Die Quellen der Mehrstimmigen Magnificat und Te Deum-Vertonungen bis zur mitte des 16. Jahrhunderts*, Tutzing 1966; J. MEINHOLZ, *Untersuchungen zur Magnificat-Komposition des 15. Jahrhunderts*, Diss.-Köln 1956.

9. L. SALEMBIER, *Le cardinal Pierre d'Ailly, chancelier de l'université de Paris...*, Tourcoing 1932.

había cultivado siempre la mística; y fue él quien descubrió las cualidades de su maestro para empeñarse en los mismos estudios. Pedro d'Ailly se entregó a ellos muy tardíamente, cuando su condición de obispo de Péguy (1395) y de Cambrais (1397) le obligaba a compartir con sus sacerdotes sus vastos conocimientos. Mientras regentaba la cátedra se había dedicado a la cosmología y a la geografía; ahora deberá dedicarse a los salmos e himnos que sus curas recitan cada día en la misa y en el breviario. Fue así como nacieron sus bellos opúsculos sobre el salmo *Iudica me*, sobre el *Benedictus* y el *Nunc dimittis*, y, en fin, sobre el *Ave Maria* y el *Magnificat*. Estas obras se divulgaron manuscritas a lo largo del s. XV, y las imprimieron por primera vez en Bruselas los Hermanos de la Vida Común hacia el 1484<sup>10</sup>. Aunque esta indicación tipográfica debía de recomendarlas como fuentes aprovechables de la «devotio moderna», nunca tuvieron gran difusión, y hoy hay que considerarlas como material de bibliófilos.

Ciñéndonos al «Magnificat», que constituye el objeto de este trabajo, diremos que Pedro d'Ailly quiere dar de él una exégesis literal y sucinta, que sirva de apoyo a la meditación de sus clérigos, que les dé conciencia de los misterios que encierra el Cantar y a la vez confianza para discernirlos en la oración, «nam multa profunda mysteria in hiis canticis occurrunt (...) sed prae aliis Canticum Mariae constat maioribus mysteriis (...). Nemo igitur verba ista leviter extimanda putet, nam quae de tam profunda conceptione prolata sunt, sine profunda investigatione digne penetrari non possunt». En esta empresa Pedro d'Ailly no se considera el primero, sino que se remite al antiguo comentario de Hugo de Santo Caro, «cuius in hoc cantico devotam expositionem magna ex parte sequi et breviter colligere studui».

En la explicación del ex-canciller parisiense se puede descubrir la huella del cardenal dominico, de quien toma la división de la pieza y algunos lugares comunes en la interpretación de ciertos versículos (*respexit humilitatem* Mariae, *despexit superbiam* Evae; *deposuit potentes* iudacos de populo suo, angelos rebeldes de coelo). Pero la originalidad de Pedro d'Ailly se manifiesta en retoques teológicos y sociales de capital importancia en su tiempo. ¿Cómo no se ha reparado, por ejemplo, en que, al comentar el *respexit*, utiliza casi las mismas palabras empleadas por Lutero al referirse a la justicia de Dios, cuyo verdadero sentido dice haber descubierto por revelación divina en la iluminación de la torre? He aquí las de d'Ailly: «*Respexit non respectu indignationis et vindictae quo respicit iniustos sed respectu pietatis et gratiae quo respicit iustos*». ¿Es simplemente casual que la *miserericordia eius a progenie in progenies* empiece ya con una referencia a los paganos (y no sólo al pueblo judío, como hacía Santo Caro), a quienes está destinada también la Encarnación, porque entre ellos se encuentran verdaderos temerosos de Dios? ¿No tiene una intención misional y ecuménica cuando recuerda a los israelitas, todavía asentados en la península ibérica y eversores de la cristiandad con los turcos, que el Corán contiene elogios de María, incorporándolos, por tanto, a las generaciones de la alabanza? A los mismos judíos, enemigos intestinos del pueblo

10. *Tractatus super tribus evangelicis canticis* en *Tractatus et sermones Petri de Aliaco*, Bruxelles, a les frères de la vie comune, vers. 1484. (Citados así por SALEMBIER). Nosotros hemos utilizado la ed. de Estrasburgo (Argentinae, per Martinum Flach... 1496) y el cod. de la Bibl. Vat., Ottob.Lat.46.

cristiano, ¿no les dirige una exhortación para que reciban por la fe al que quiso nacer de una hebrea? Estas y otras particularidades que se podrían recabar del texto de d'Ailly hacen de él una de las piezas escritas que mayor atención han prestado a las necesidades de su tiempo. Sería anacrónico esperar de él la proclamación de una especie de amnistía entre los cristianos y los dos pueblos hostiles a lo largo del medioevo: los judíos siguen *depuestos* «de sede» y *dispersos* «per orbem» desde la destrucción de Jerusalén; pero también para ellos brilla la esperanza, pues «qui prius angelum de coelo et hominem de paradiso superbientes ciecit... postea eosdem humiliatos per gratiam priorem restaurat».

Esta idea de d'Ailly, que debía llenar de esperanza a cuantos ejercían junto a él algún ministerio apostólico, no era más que la proyección sobre la cristiandad medieval de la historiología agustiniana: la Encarnación había tenido lugar en la sexta edad del mundo, como creación que era del hombre nuevo; después de ella no cabía esperar sino un tiempo de reposo y de paz, correspondiente al descanso de Dios en el Génesis. A la proclamación del «Magnificat», que «cantatur ad Vesperas in sexto diei officio», ya no podía seguir otra cosa que el canto del «Nunc dimittis», «quod in septima, quae est etiam nostra, aetate complebitur».

### 5. Juan Gerson: el «Magnificat» del pensamiento cristiano

La concepción grandiosa de Pedro d'Ailly, que acabamos de resumir, fue compartida por su amigo y discípulo Juan Gerson, si bien éste, por su condición de espiritual y de místico, le dió un sentido más personal y alegórico. Si el número de páginas que este autor escribió sobre el Cantar de María responde a las meditaciones que le había dedicado a lo largo de su existencia, hay que pensar que este pasaje evangélico había sido alimento constante de su vida interior. Efectivamente, aunque pudiera responder a la inspiración de un momento la hermosa glosa con que lo incluye en su famosa obra *Iosephina* (1418), precursora de la devoción culta al santo Patriarca, requieren un tiempo de mantenido interés las composiciones poéticas de carácter heterogéneo, pero frecuentemente centradas en la piedad mariana, que sobre el 1420 fueron agrupadas y dadas a conocer por su hermano carnal, Juan el celestino. Son las que hoy figuran en las obras completas de Juan Gerson bajo los títulos diferentes de *Carmen* u *Opus metricum super Magnificat*<sup>11</sup>. El interesado participó en esta recogida de materiales como en un entretenimiento de jubilado, evocando otros trabajos más complejos y rebuscados de su juventud. Así lo consignó en estos dísticos: «Advena dum terris dego me cura placendi / saepius illuxit. Christe, peto veniam. // Da modo complacere tibi soli senior aetas / carmine se solans sis sibi solus honor».

Pero el verdadero comentario de Gerson al «Magnificat», el que intencionadamente compuso como Vísperas de su vida, («in solatium peregrinationis meae ver-

11. *Carmen*, en *Opera Omnia*, ed. Ellies du Pin, Anvers 1706, t. IV, pp. 513-540. *Opus metricum*, en *Oeuvres complètes*, introd., textes et notes par Mgr. Glorieux., Tournais 1960, IV, pp. 115-127. Ver del mismo GLORIEUX, *Note sur le Carmen super Magnificat* en *Recherches de Theologie Ancienne et Medievale* 25 (1958) 143-150.

gentis in occasum»), fue el *Collectorium super Magnificat*<sup>12</sup>, una larguísima obra distribuida en doce tratados, en los que tienen cabida las más diversas materias de carácter filosófico, teológico o simplemente humanístico sobre las que pudiera lanzar la pieza un rayo de luz espiritual. El peculiar estilo dialógico en que fue concebido el escrito da pie para la introducción y concatenación de temas que en principio no tienen entre sí afinidad ninguna. El discípulo pregunta y el maestro responde sin más. Los dos personajes no son otros que el mismo Gerson (el maestro) y su hermano Juan. Los doce capítulos de la obra corresponden a los versículos del «Magnificat», al ser comentados en dos el *Respexit humilitatem* y el *Beatam me dicent omnes generationes*. El autor los considera como otras tantas gavetas (o «espuestas») de un ordenado fichero donde va almacenando los más diferentes fragmentos y notas.

Considerada por lo general esta obra como una pieza literaria carente de unidad interior, Andrés Combes, antiguo profesor del Instituto Católico de París, creyó descubrir en ella un hilo conductor que anticiparía en cinco siglos los principios hermenéuticos de la mariología científica y crítica. Helos aquí: 1) Cuando se trata de cosas divinas (en este caso de los privilegios concedidos por Dios a María) sólo se puede afirmar lo que conste en las fuentes de la revelación, leídas en la Iglesia bajo la inspiración del Espíritu Santo. 2) Cristo ha concedido a su madre los privilegios adecuados a la misión que la Sabiduría divina le había encomendado. 3) No es convincente, por tanto, el argumento maximalista del «potuit, decuit, ergo fecit»<sup>13</sup>.

Modestamente he de reconocer que se requiere una lectura muy reposada y una capacidad de síntesis fuera de lo común para percatarse de la función unificadora de estos principios en una obra que en cada párrafo sorprende por el torrente de consideraciones y temas a los que cada versículo da lugar. Más objetivo parece el autor cuando apunta unos pocos temas como centrales en la Mariología del Gran Canciller, los cuales parecen responder todavía hoy a las inquietudes de los mariólogos. Entre ellos seleccionamos los siguientes: la relación de María con el sacerdocio ministerial, el resplandor en ella de la belleza, como atributo de Dios, y, en fin, la interpretación sacramental del versículo *esurientes implevit bonis*.

Gerson no incurre en la exageración de atribuir a María el carácter sacerdotal; pero interpreta en esta línea («non formaliter sed eminenter») su mediación en el orden de la gracia, en la reconciliación de los pecadores y hasta su protección materna en todas las necesidades del alma y del cuerpo. Al proclamar su humildad y no la grandeza de sus virtudes habría dado la razón metafísica de la transformación que se estaba operando en su espíritu, cuya vaciedad colmaba y enaltecía la mirada amorosa de Dios. La virtud causativa del *respexit* encontró en Gerson, cien años antes que en Lutero, a su estupefacto contemplativo. Pero fue al explicar la hartura de los hambrientos cuando aquel gran conocedor de San Agustín se remontó hasta Dios mismo, viendo en el versículo correspondiente una alusión

12. Ed. Du Pin, IV, pp. 229-512; ed. Glorieux, VIII, Paris 1971, pp. 163-534.

13. *La doctrine mariale du chancelier Jean Gerson*, en *Maria* (études sous la dir. de H. de Manoir) Paris, Beauchesne, 1952, II, pp. 868s. Del mismo: *La théologie mystique de Gerson*, Roma-Paris 1963-1964, II, pp. 572-613.



profética al pan vivo bajado del cielo. La comunión eucarística, que María recibió en el cenáculo, fue el sello definitivo de su unión con el Verbo y el momento culminante de su divina maternidad: «susceptio transformativa reddit animam Verbigenam». Hacia la comunión apuntaban todas las experiencias religiosas de su existencia.

La importancia del *Collectorium* en la devoción mariana del Renacimiento debió de ser grande. Desgraciadamente no conocemos monografías que nos permitan ampliar este punto. Es sabido que Martín Lutero se deleitaba en la lectura de los escritos de Gerson, y no sería difícil encontrar en su «Comentario al Magnificat» otras afinidades. Esta es, con todo, de particular importancia, por ser la mirada y complacencia de Dios el eje en torno al cual gira toda la explicación luterana. Por otra parte la utilización del «Magnificat» como cañamazo para entretejer el entonces naciente tratado de Mariología, es algo que se repite con frecuencia en los autores siguientes. Entre ellos quizá ninguno lo hizo tan explícitamente como el español Jaime Pérez de Valencia.

#### 6. *Jaime Pérez de Valencia: el «Magnificat» de un pastor.*

Jaime Pérez nació en Ayora en 1408 y profesó en los agustinos de Valencia en 1436. Después de haber regentado la cátedra de Derecho Canónico en la universidad valenciana y haber sido provincial de Aragón, fue nombrado en 1468 obispo auxiliar del cardenal Rodrigo de Borja (el futuro Alejandro VI) que dejó en sus manos el gobierno de las dos diócesis cuya titularidad ostentaba: la de Valencia y la de Cartagena. Hasta su muerte, acaecida el 30 de agosto de 1490, Jaime Pérez dio muestras del mayor celo apostólico, dedicando particular atención a la reforma del clero<sup>14</sup>. Escritor por vocación y ágil en el uso del latín académico, se aplicó a comentar aquellas partes de la Sagrada Escritura a las que con mayor frecuencia deberían acudir los sacerdotes y religiosos en el ejercicio de su ministerio. La diaria y pesada obligación del oficio divino ponía el salterio en un lugar destacado. Por él empezó la labor teológica y exegética del obispo, que presentó un comentario a los salmos centrado en el misterio de Cristo. A su entender, el salmista habría escrito más bien una historia evangélica que una pieza profética («cum potius videatur historiam evangelii quam prophetiam texuisse»). Aunque la obra no se imprimió hasta el año 1512, se divulgó manuscrita entre las personalidades de su obispado, cosa que estimuló al prelado a emprender los comentarios de textos más breves, pero de idéntica actualidad en la vida del eclesiástico.

Así fueron surgiendo, a ruegos de particulares (a ellos se remite el autor, quizás como recurso literario), las explanaciones de los cantos feriales («Benedictus» y «Nunc dimittis»), a los que se añadieron otros sobre el «Te Deum» y el «Gloria in excelsis». El proyecto de Pedro d'Ailly volvía otra vez a la actualidad. El último de ellos, pospuesto quizá para dedicarse a él con más detenimiento, fue el «Mag-

14. M. PEINADO MUÑOZ, *Jaime Pérez de Valencia, un importante teólogo valenciano del siglo XV en Actas del III simposio de Teología histórica*, Valencia 1984.

nificat»<sup>15</sup>. Como en el caso de Gerson, la disminución de la vista anunciaba la llegada de la hora vespertina.

A diferencia de los anteriores, solicitados «per sacerdotes et devotos presbyteros», éste lo era por la abadesa del monasterio de la Santísima Trinidad, la noble Isabel de Villena. A ella está dedicada la obra, en un tiempo en que los mecenazgos estaban de moda, sin perder de vista a las demás moradoras de aquella casa («virgines et filiae») que recitaban de día y de noche las glorias de María.

Jaime Pérez relaciona explícitamente su comentario con el del salterio, dando a una y a otra pieza el ya conocido nombre de salterio de diez cuerdas, que suenan con la mayor armonía. El número diez se baraja por activa y por pasiva. Diremos tan sólo que Jaime Pérez añade a las ya conocidas referencias de A. de Ancona la presencia de diez verdades fundamentales presentes tanto en el salterio de David como en el cantar de María. Las diez verdades son éstas: la Trinidad, la creación, la encarnación, la predicación y milagros de Cristo, la pasión y la redención, la resurrección, la ascensión y el universal dominio del Señor, la misión de los apóstoles, la eficacia de los sacramentos, la retribución final.

Con una lectura como ésta, abierta a todas las interpretaciones posibles, a nadie llamará la atención que Jaime Pérez haya aprovechado el comentario al Magnificat para verter en él un verdadero tratado de Mariología. Cada versículo arrastra consigo un número interminable de temas que, partiendo del saludo del ángel, culminan en la progenie celeste de Abraham, en la que se cumplirán al final todas las promesas de Dios a su pueblo. Pero el versículo mariológico por excelencia, expuesto con desproporcionada amplitud, es el 49: *Quia fecit mihi magna... sanctum nomen eius*. Aquí es donde hacen su aparición las doce dignidades o estrellas que constituyen otros tantos capítulos de este tratado: *Predestinada* desde la eternidad y *santificada* en el primer instante de su concepción, María empezó a merecer porque estaba dotada del *uso de la razón y libre albedrío*. Unida a José en *verdadero y virginal matrimonio*, concibió *por obra del Espíritu Santo*, y fue *madre natural de Dios* mismo. El Espíritu la elevó al rango de *profeta y evangelista*, haciendo de ella *esposa y ministra* del Verbo. *Mártir* en su corazón, *murió sin dolor* en el cuerpo, que, una vez *glorificada*, recuperó incorrupto. *Coronada* por encima de los coros angélicos, sigue siendo entre su Hijo y nosotros especial *medianera* de gracia. Con todo, no es en la abundancia de temas donde hay que poner el mérito del comentario de Jaime Pérez sino en el enfoque cristológico y eclesiológico con que los trata: María participa personalmente del misterio de Cristo al ser predestinada a la plenitud de la gracia («ad gratiam sanctificationis») como la humanidad del Señor lo había sido a la unión hipostática; ella es, además, la Hija de Sión (expresión nuestra) que sirve de modelo a la Iglesia en el proceso de unión con Dios que va madurando en su historia. No se olvide la actualidad pastoral y política de los temas eclesiológicos a fines del s. XV.

Las obras de Jaime Pérez no se publicaron hasta el año de 1749; pero el «Magnificat» corría impreso desde el 1521, el mismo en que aparecía en Wittemberg el

15. Sobre la fecha de aparición de cada uno, L. SUÁREZ, *Jacobi Pérez in Magnificat Commentarium*, en *Ephemerides Mariologicae* 8 (1958) 473-87. Utilizamos aquí la edición de Lyon de 1612: *Centum ac quinquaginta Salmi Davidici... [et] diligentes in cantica... expositiones*.

de su compañero de hábito Martín Lutero. Que el reformador hubiera tenido en las manos algún manuscrito del valenciano antes de componer el suyo es poco probable a juzgar por la diversidad de enfoque de sus respectivos escritos. La personalidad del español no era, sin embargo, desconocida en la universidad de Sajonia, en cuya biblioteca figuraba su Comentario a los Salmos desde el año 1513<sup>16</sup>. Citado éste por el Cardenal Seripando en el Concilio de Trento en apoyo de su doctrina acerca de la justificación, hay que pensar que, también para sus lecciones, lo haya aprovechado Lutero. No sería, pues, difícil que algunos pensamientos de Pérez hayan tenido incidencia en el «Comentario al Magnificat» del Reformador alemán.

José Luis GONZÁLEZ NOVALÍN

Via Giulia, 151

00186 ROMA

---

16. W. WERBECK, *Jacobus Pérez von Valencia. Untersuchungen zu seinem Psalmenkommentar*, Tübingen 1959.

### Summary

Following up his analysis of Luther's *Commentary on the Magnificat*, the author tries to reconstruct the literary context in which Luther's work was written. As a consequence of the special interest on the *Magnificat*, shown by Medieval Commentaries on Luke, among which a special mention is due to the Dominican *Hugo de Santo Caro*, follows a series of independent Sermons and Treatises, so as the ones written by the Franciscan *Mayronis* and the Augustinian *Triunfi* from Ancona. The Prayer of Vespers was held with special solemnity and the *Magnificat* was their highest point: therefore many Commentaries have been written, for the sake of making this Prayer understandable to the clergy. Due to some characteristics, in parallelism with the musical proliferation concerning this *Canticum*, the paper analyzes with special care, the ones written by *John Gerson* and *Pedro de Valencia*. Furthermore, Gerson's Commentary was surely known by the German Reformer.